



Rosario Robles

## Las garantías como excepción

**L**alógica del gobierno federal, con relación al narcotráfico y la situación del país, ha sido impecable. Claro, desde la perspectiva de la derecha. Incapaces de dar resultados en materia económica, así como de enfrentar con creatividad los retos de la desigualdad en la que viven millones de mexicanos, optaron por instrumentar una estrategia en la que no importan los resultados, sino la percepción de que, por encima de todo, tenemos un presidente valiente. Se ha construido en el imaginario colectivo (sobre todo en las clases medias y altas, muy susceptibles a estas tácticas) la idea de que estamos en guerra, de que el enemigo común es el narcotráfico, y que frente a ello hay que cerrar filas. Más allá de que, con toda y esta guerra, la droga sigue circulando en las calles, llegando a nuestros hijos y engordando el bolsillo de muchos, lo trascendente de esta visión es el contenido, la perspectiva, el sentido que le ha dado el gobierno calderonista. No se trata de discutir lugares comunes. Sino de entender que detrás de todo esto está una concepción que poco a poco ha ido sentando cartas credenciales. El miedo y el temor generado por la violencia y la inseguridad han sido el caldo de cultivo propicio para que la idea de un Estado de excepción vaya permeando en la sociedad. Poco a poco, se va aceptando que, en la práctica, disminuyan garantías y libertades para poder enfrentar a tan poderoso

enemigo. Desde luego que esta perspectiva empieza a tener éxito, lo que es preocupante. Sectores de la población que sienten que peligran su familia y su patrimonio aplauden las medidas tomadas sin importar su uso electoral y político, o lo que es más grave, su carácter profundamente peligroso. Nadie, por supuesto, está en contra de enfrentar con todas las armas del Estado al crimen organizado. Todos compartimos la idea de que la violencia y las drogas laceran nuestra sociedad. El debate no está allí. Está en la forma. En la idea que quieren imponer: limitar las libertades como pago a la incompetencia de las instituciones públicas. Y el miedo, en esa lógica, es el mejor aliado. Si se propone la pena de muerte aumenta el caudal electoral de un partido que se ha caracterizado por lucrar con los recursos públicos. Si hay toques de queda, allanamientos de domicilio por supuestas denuncias anónimas, presentaciones que se convierten en arraigos, detenidos que luego tienen que ser liberados por faltas de pruebas, no hay problema porque todo se justifica cuando se está en guerra. La incapacidad del gobierno se cubre con reclusión en los hogares

para expropiarles las calles a los ciudadanos y dejárselas al Ejército.

Todo esto en medio de un país con una profunda crisis económica, de un país con hambre y sin empleo. Por eso, cuando Marcelo Ebrard, señala en el Consejo Nacional de Seguridad que no es conveniente esta estrategia

tiene razón. Nada justifica, ni siquiera una elección, que la justicia se utilice con fines políticos. Nada justifica que se vulneren garantías y soberanías porque, entre otras cosas, son tiempos de paz. Porque la principal guerra que se debe emprender es contra el hambre y la miseria de millones. Porque si alguna seguridad debe prevalecer es la ciudadana. Porque una sociedad segura se construye promoviendo la participación de todos. Porque la verdadera seguridad significa proteger las garantías y libertades vitales. Ese es en el fondo el debate y también la diferencia entre un enfoque tradicional que piensa que la seguridad se construye a partir de una respuesta militar, cuya preocupación se centra en la respuesta inmediata, coyuntural y de corto plazo, y una visión progresista que considera que la seguridad es un derecho ciudadano, que para garantizarla debe prevalecer (en efecto) la ley, pero también el ejercicio pleno de las libertades democráticas y que no hay seguridad que pueda construirse sobre el débil, muy débil cimiento, de la pobreza y la desigualdad.

### Ser... o neceser

Los pumas estamos felices con el campeonato. Somos muchos en la ciudad que apoyamos a este equipo guerrero que porta los colores de nuestra Universidad Nacional. Pero bautizarlos como "el equipo de la ciudad" es un exceso que no está bien en un jefe de Gobierno que, ante todo, debe respetar la pluralidad, aunque se trate de fútbol. ■■

robles@mileniodiario.com.mx



**El miedo  
generado  
por la  
violencia  
y la  
inseguridad  
han sido  
el caldo  
de cultivo  
propicio para  
que la idea  
de un Estado  
de excepción  
vaya  
permeando  
en la sociedad**

